
Via San Nicolò

César Antonio Molina

«**R**oma evoca para mí a un hombre que se gana la vida mostrando a los turistas el cadáver de su abuela», escribe Joyce; y añade, «Es la más puta ciudad idiota en la que he vivido». ¿Joyce ciego para la Ciudad Eterna, para una de las más bellas ciudades del mundo? Al autor del *Ulises* no le interesaban los monumentos ni las ruinas. «Dejemos pudrir las ruinas», nos recomienda otra vez. En sus obras apenas hay descripciones y consideraciones sobre lugares, edificios u obras artísticas. Joyce se dedicó fundamentalmente a la búsqueda del mundo como palabra. Las palabras no estaban en libertad, como les escuchó decir erróneamente a los futuristas en el Teatro Politeama Rossetti. Había que salir a buscarlas entre las gentes para luego volverlas del revés, llegar hasta las raíces, deformarlas, adaptarlas, atravesar en sentido contrario los sepultos estratos del tiempo y la conciencia, como un taladro penetrando la oscuridad, para reencontrar los lugares del nacimiento, las infinitas posibilidades de asociación entre signos y materiales de

desecho que la historia ha ido apilando. Joyce era un arqueólogo de la palabra, un arquitecto del idioma, un urbanista de los sentimientos, pero nunca le interesaron las ciudades, ni la puesta en escena de las mismas. Para Joyce, las calles que yo ahora recorro en Roma, Pola o Trieste, solamente eran senderos craneales de su monólogo interior. «Así como no cabe comparar a Homero con los demás poetas, así tampoco cabe comparar a Roma con ninguna otra ciudad», decía Goethe, quien sí la amó con pasión. Y el escritor alemán añade: «En cualquier otro lugar puede buscar el viajero y aun encontrar algo para él adecuado; pero quien no se siente a gusto en Roma resulta sayón para el que verdaderamente se ha compenetrado con ella». A Roma Joyce se fue a vivir desde Trieste, en el año 1906, buscando una más beneficiosa coyuntura económica. Trabajó en el banco Nast-Kolli y Schumaker. En la primavera del año siguiente ya estaba de regreso en la ciudad de Svevo. En Roma llegó a vivir en el Corso, donde antes lo habían hecho Goethe y los románticos ingleses, pero, a diferencia de todos ellos y de casi todo el mundo, no le emocionó ni le conmovió nada de cuanto vió allí. No estoy seguro siquiera de que llegara a ver algo. Roma lo secó en su escritura y no le proporcionó mejora económica. Un día, borracho, le pegaron una paliza y le robaron el sueldo. Para Joyce, como para Marinetti, el pasado era sólo escombros que había que despejar para construir un futuro libre de cargas. En Roma, el irlandés se asemejaba al empleado bancario judío de *Una vita* (1892) de Italo Svevo. La novela se había publicado por entregas en *L'Indipendente* (1898) varios años antes de que Joyce llegara a Trieste. *Senilità* y *Una vita* pasaron sin pena ni gloria. Svevo se consideraba a sí mismo un cadáver literario. El irlandés estaba en la veintena, mientras el triestino ya había cumplido el medio siglo cuando se conocieron. Desde 1902 el señor Schmitz decía estar a salvo por completo de la enfermedad de la escritura: «Yo, a estas alturas, he eliminado definitivamente de mi vida esa cosa ridícula y dañina que se llama literatura».

Nora y Joyce llegaron a Trieste en el año 1904, pero días después tuvieron que reemprender su camino por la península de Istria hasta dar con Pola. Allí el dueño de las escuelas de idiomas Berlitz del Adriático había abierto una delegación y necesitaba profesores de inglés. Almidano Artifoni será el nombre del profesor de italiano de Stephen en *Retrato* y el *Ulises*. Este curioso personaje editó, en el año 1902, una publicación con la cabecera *Il Poliglotta*, escrita en italiano, alemán, inglés, francés y español. En la bellísima ciudad de Pola apenas residieron cuatro meses. A Joyce no le gustó Pola, ni jamás se refiere a las extraordinarias ruinas romanas, ni a la deslumbrante naturaleza. ¿Cómo estar ciego ante el gran anfiteatro romano a orillas del mar? ¿Cómo estar ciego ante los templos, los palacios, las iglesias? Joyce jamás mencionó nada de esto, ni siquiera en la correspondencia con su hermano, a quien le explicaba pormenorizadamente cualquier otro insignificante pasaje de la vida cotidiana. Con Trieste hizo lo mismo. Ciudad neurótica, hipocondríaca, esquizofrénica, donde el suicidio se llegó a cultivar como una de las bellas artes. Ciudad ansiosa, letal. Dante, a Pola y Trieste, las coloca en el «Infierno» en los confines de la civilización, *Si com'a Pola presso del Carnaro/ Ch'Italia chiude e suoi termini bagna*. Trieste le gustó a Joyce por otros motivos. Era una ciudad portuaria, existía una babel de lenguas, razas, religiones y culturas; el irredentismo la asemejaba al nacionalismo irlandés; y, además, tenía las diversiones mundanas y culturales que más le entretenían. Omito las primeras, las segundas estaban centradas en el teatro y la ópera. A Joyce le daban igual los griegos, los romanos, el románico, el gótico, el barroco, el neoclasicismo, los carlistas, o que por aquellas mismas calles hubiesen pasado antes Casanova, Stendhal, Richard Burton o incluso Napoleón (estuvo alojado en el Palacio del Conde Brigido, en abril del año 1797, siendo comandante jefe del ejército de Italia; el inmueble todavía se puede ver en la via del Pozzo del Mare) y su compatriota ir-

landés Nelson, cuya estatua en Dublín fue destruida por los nacionalistas.

La segunda y definitiva entrada de la pareja irlandesa en Trieste fue menos espectacular y complicada que la primera. Regresaron por la Stazione Centrale y Nora pudo volver a contemplar en la antigua Plaza de la Estación, hoy Plaza de la Libertad, la estatua de Elisabetta. A Sissi le cae el pelo hasta los talones como a Anna Livia Plurabelle. Ambas mujeres (Nora y la Emperatriz) se hicieron silenciosa compañía en la larga espera de la primera llegada. Joyce dejó a la muchacha para ir a buscar alojamiento y se topó con una reyerta entre marineros ingleses de la que quiso ser pacificador y, finalmente, dio con los huesos en una comisaría de la calle San Nicolò. Esta calle es central en la vida literaria de Trieste. Joyce se alojó aquí por vez primera en un hotel, luego vivió en varios pisos de diferentes inmuebles, la sede inicial de la academia Berlitz también se encontraba en esta larga y estrecha vía, así como la iglesia ortodoxa griega y la librería de Umberto Saba. La Estación Central sigue tal cual en su fachada y en la entrada imperial, pero los andenes han sufrido drásticas modificaciones para incrementar la circulación de trenes. El edificio donde estaba el Hotel Central en el año 1904 no tiene nada que ver con el que yo contemplo. Donde Nora y Joyce pasaron su primera noche era un edificio como tantos otros de Trieste, sobrio y repleto de amplios ventanales. Julio Verne describe la arquitectura de los inmuebles que flanqueaban las avenidas comerciales como «altos caserones cerrados como una caja de caudales» (en *Mathias Sandorf*). El actual es un ejemplo de la arquitectura neoveneciana. Aloja en los bajos dos cafés y en los pisos oficinas. El Hotel Central en la via San Nicolò 15 había sido levantado en el último cuarto del siglo XIX. La nueva fachada palaciega de estilo neogótico veneciano fuealzada en el año 1912. Después de la renovación llevada a cabo por el arquitecto Guardioli, continuó hasta 1919 dedicado a la hostelería. El

negocio, a partir de aquella fecha, se trasladó a la Plaza de la Bolsa. ¿Qué pensaría Joyce cuando vió destruir el lugar iniciático de su presencia en esta ciudad? ¿Qué pensarían Nora y James cuando vieron los escombros de lo que fue el espacio que albergó su verdadera noche de bodas? Seguramente nada. Habían vivido por aquel entonces en tantas casas triestinas que estaban vacunados contra la nostalgia.

En el mes de mayo del año 1905, al regresar de Pola, vinieron a vivir al número 30 de la via San Nicolò. La calle baja hacia el mar y está repleta de edificios palaciegos. El del número 30, tiempo después alojaría en sus bajos la librería anticuaria de Umberto Saba. Nora y Joyce ocuparon el segundo piso y allí nació su primer hijo, Giorgio. Sobre la paternidad, Stephen Dedalus hará el siguiente comentario en el *Ulises*: «es una ficción legal». La casera judía, Moisè Canarutto, ayudó en el parto al doctor Sinigaglia, alumno del padre. A Giorgio no lo bautizaron. Lo registraron un año después mintiendo sobre su matrimonio, para que no fuese declarado como ilegítimo. La segunda hija, Lucía, nacería en 1907. En *Dublineses* no aparece ningún matrimonio feliz. Junto a este inmueble, en el número 32, estuvo la academia Berlitz donde Joyce impartía clases de inglés. Aquí comenzó su vida social urbana. La academia de idiomas ocupaba el primer piso de este palacio de finales del siglo XVII, reformado en el siguiente. La entrada se hace a través de las preciosas puertas de madera ornadas con temas mitológicos. Están enmarcadas por dos columnas dóricas que sostienen un curvilíneo balcón de hierro forjado. El portal de piedra también en sus techos y paredes está embellecido con bajorrelieves de temas clásicos grecorromanos. Hoy los pisos están ocupados por el comercio Zinelli Perizzi. Entro en él y voy paseando por entre amplios mostradores repletos de últimos modelos de ropas. El espacio ha sido dejado diáfano y a uno sólo le queda imaginar cómo y dónde estuvieron las aulas. Ésta fue la primera sede de la Berlitz entre los

años 1903-1905. En el año 1906 la academia de idiomas se trasladó al tercer piso del número 33 de San Nicolò. Del 1909 al 1911 se instaló en la via de la Cassa di Risparmio número 1; y del 1912 al 1914, año en que desapareció, en la via de la Sanità. En San Nicolò 32, Joyce, los Joyce, compartieron durante el año 1907 el tercer piso abuhardillado con su hermano Stanislaus, el cual había acudido pronto a la llamada fraterna, aunque al poco tiempo se arrepentiría por las cargas que ésta supuso. Dar clases era una tarea agotadora. Todo el mundo hablaba bien del magisterio de Joyce. A James se le conocía como el doctor Joyce. Así aparece en los anuncios que la Berlitz puso en *Il Piccolo*. Pero el doctor Joyce no estaba casado, tenía hijos, ganaba poco dinero y lo derrochaba en caprichos, era el terror de los caseros que se las veían y deseaban para cobrar sus mensualidades. Joyce también se hacía el despistado a la hora de pagar los libros que compraba. En la via San Nicolò estaba sita la librería Maylander. Durante el año 1907 se publicó allí semanalmente la revista *Il Palvese*, publicación irredentista en la que llegaron a colaborar Saba, Slataper (seudónimos ambos), y vieron la luz las traducciones de Ibsen vertidas por Vidacovich. A Joyce no le gustó nunca demasiado la literatura italiana. Ni la clásica (a excepción de Dante, «mi alimento espiritual»), ni la contemporánea (a excepción de Svevo). Decía muy sarcásticamente que estaba repleta de huérfanos, mendigos, batallas y un patriotismo vacío. Hoy en San Nicolò número 20 está la magnífica librería Minerva que frecuenta Claudio Magris. En tiempos de Joyce, una de las más famosas casas de venta de libros era la Schimpff, en la Plaza de la Bolsa número 12. Estaba instalada en el mismo edificio donde hoy se alberga el Crédito Italiano. En la biografía de Richard Ellmann se muestra un recibo del año 1914 en el que se le pedía al novelista saldara sus deudas provenientes de la compra de varios libros efectuada hacía meses. Libros de Ibsen, Shaw, Flaubert, una biografía de Debussy, gramáticas inglesas, *L'Evolution créatrice* de Berg-

son y varios libros infantiles, entre ellos *Pinocchio* de Collodi. El mismo Joyce, en una carta enviada al editor de *Dublinesees*, le recomendaba hacer llegar un buen número de ejemplares a la Librería Schimpff. El establecimiento se cerró en el año 1919 y se trasladó a la vía Santa Caterina, cambiando su nombre por el de Treves e Zanichelli. La heredera de hoy es la Borsatti, en la vía Dante 14. El nombre le venía de Eugenio Borsatti, quien, cuando todavía era encargado en la Schimpff, había sido muy cortés con el cliente Joyce.

Una strana bottega d'antiquario / s'apre a Trieste, in una via secreta, escribe Umberto Saba en el soneto XV de la *Autobiografía*. Este antro oscuro aún está tal cual. El escaparate es un cúmulo de ediciones raras sobre la ciudad y mapas enmarcados de otras épocas. Saba abrió esta tienda, en el año 1919, cuando ya Joyce no estaba. Como muy bien dice Yves Hersant, la triestinidad de los escritores se erige sobre el comercio y los negocios. Saba descubre lo que será su fuente de subsistencia, su refugio y su orgullo. En una carta de 1924 le dice a un amigo: «Aunque no entendía nada, logré montar una empresa a partir de la nada. Me siento más orgulloso de esto que del *Canzoniere*». Saba, como Joyce, también quiso ser empresario cinematográfico. Dirigió el Cinema Italia, sin obtener de él grandes beneficios. Años antes había sufrido el mismo fracaso al hacerse cargo de un café cantante. La actual Librería Antiquaria está por dentro en un absoluto caos. Unos libros se apilan sobre otros como si fueran muros y muros de papel. Saba tenía un ayudante y quien hoy se encarga de este negocio es su hijo. Un hombre amable, alto, fuerte, de poco más de sesenta años. Yo entré sólo para ver cuál era el espacio interior y se me ocurre, para darle conversación, pedirle un mapa del Imperio austrohúngaro. Empieza a remover carpetas y carpetas llenas de grabados. Voy mirando y me encuentro con algunos magníficos de las ruinas romanas de Pola. Finalmente no aparece. Apenas podemos movernos en medio de este enjambre de carpetas y libros que vuelan sin destino de un

lugar a otro. El pequeño mostrador también soporta un buen legajo de volúmenes recién llegados. El único taburete donde sentarse desapareció tras derrumbarse una muralla de volúmenes magníficamente encuadernados. El hombre evita que yo los recoja y allí yacen sin compasión. Miro al techo y compruebo que las tablas que lo sostienen están al aire libre en dudoso equilibrio. No me atrevo a preguntarle nada sobre Saba y le separo varios grabados que le prometo pasar luego a recoger. El me sonrío, los coge y poniéndolos sobre un gran rascacielos me dice: «Aquí están esperando los encargos de esas mañanas que nunca llegan». Me siento aturdido. Abro la alta puerta acristalada y salgo de nuevo a la calle San Nicolò.

Hersant define muy bien a Saba, desgarrado por direcciones opuestas entre dos culturas y dos comunidades, «entre el judío que no quería ser y el cristiano que no fue; entre un padre ausente y dos figuras maternas; entre tres nombres ficticios y un patronímico rechazado; entre el gusto por los retiros oscuros y la pasión por el deslumbrante oropel de una gloria que se demoró en llegar; entre el amor-odio a su mujer y el interés activo por sus *ragazzi*; entre un maravilloso sentido de la infancia y el terror precoz por la senilidad; pero sobre todo entre el inconveniente de haber nacido y la tentación de la existencia». Umberto Saba vivió en la calle San Nicolò con la dignidad de todas sus secretas heridas. La librería era el lugar de acarreo de las penalidades de este arqueólogo del ser: «trabajo un terreno reseco y duro. Mi arado / choca contra la piedra entre las zarzas. / Debo excavar a fondo, como quien / busca un tesoro», escribe en «Lavoro». Saba vivió en silencio el suicidio que preparaba para cada día y cada día posponía para el otro. Muchos de sus poemas son una prolongada marcha fúnebre entonada en cada una de estas calles del corazón antiguo de Trieste. Melancolía infinita del no haber sido. Trieste para Saba es como un cementerio etrusco. Una ciudad donde las tumbas son casas y sobre los cenotafios están las figuras vivas de sus inquilinos dormidos. En

el fondo de esos corredores, como en el fondo del lenguaje, la muerte; en el fondo de la muerte, la justificación de la existencia. Saba era incapaz de vivir (sólo escribía) y de morir, lo mismo que de amar. Saba era incapaz de la vulgaridad: «sólo lo común me ofende», escribe en *Il Malinconico*. Saba visitaba con frecuencia la cercana via San Lazzaro número 8 donde tenía la consulta su amigo el psicoanalista Edoardo Weiss. ¿Curarse Saba? Weiss huyó de sus amigos triestinos y partió a Roma dejando a su paciente. Weiss no podía ser el psicoanalista de toda una ciudad enferma de melancolía. A Saba le valieron aquellas sesiones para conocer que el profundo mal del hombre de su tiempo –quizá de todos los tiempos– obedece a que ya no es un niño, pero quiere comportarse como si todavía lo fuera. En la *via* San Lazzaro número 8 una placa recientemente colocada con motivo de una asamblea psicoanalista recuerda al fugado.

Católicos, ortodoxos, judíos, armenios, protestantes, luteranos, anglicanos y metodistas, eran las confesiones religiosas más abundantes en la época de Joyce en Trieste. Muchas de ellas –como la ortodoxa o la judía– todavía permanecen en la ciudad. Pluralidad religiosa, lingüística, racial, cultural y nacional. Finalmente todos se volvieron triestinos y pro-italianos en la mayor parte de los casos. El Edicto de Tolerancia de 1781 permitió la instalación de griegos, judíos y otras comunidades extranjeras dedicadas fundamentalmente al comercio. Esta ley también protegió la libertad de culto. La inmigración griega se incrementó a lo largo del siglo XVIII, sobre todo durante la guerra de la independencia contra los turcos (1821 a 1829). Los griegos eran una comunidad tan poderosa que incluso tenían un periódico en griego *Nèa Imèra* (*El nuevo día*). Joyce hablaba el griego moderno, conocía a muchos comerciantes y comentaba que le traían buena suerte. Entre esas familias aristocráticas de origen heleno estaba el conde Sordina y el barón Ralli. El primero procedía de Corfú y, como el otro, se dedicaba a nego-

cios marítimos y de seguros. Sordina tenía grandes inquietudes culturales y deportivas. Ambos fueron alumnos de Joyce. El conde Francesco Sordina fue uno de los más ilustres estudiantes del irlandés en la Berlitz School. Le proporcionó otros adinerados aprendices de inglés y, en el año 1915, consiguió para la familia Joyce un salvoconducto con el que pudieron salir de Trieste rumbo a Suiza. El conde vivía en un palacio que todavía se conserva en el corso Saba, número 6 (en aquella época, via della Barriera Vecchia, número 2).

Las iglesias ortodoxas (serbia y griega) mantuvieron el culto compartido hasta avanzado el siglo XIX. Luego se separaron. Los serbios levantaron la iglesia neobizantina de San Spiridione, cerca del Gran Canal; mientras los griegos construyeron la iglesia de San Nicolò en la calle del mismo nombre. La comunidad serbia también estaba instalada en Trieste desde el siglo XVIII. La iglesia de San Spiridione fue construida a mediados del siglo XIX. El arquitecto Carlo Maciachini la diseñó sobre los restos de una anterior que utilizaban los greco-serbios. La de San Nicolò se acabó posteriormente. San Spiridione es más amplia y espaciosa. Está decorada con grandes mosaicos dorados. San Nicolò es más pequeña e íntima. El lujo es el mismo en ambas pues están llenas de iconos, cuadros, grandes candelabros y vidrieras por donde penetra la luz del día haciendo refulgir el pan de oro. En la serbia Dios está por encima del hombre, mientras que en San Nicolò el hombre parece penetrar e instalarse en el mismo tímpano de la divinidad. Joyce asistía aquí a las misas fascinado por el rito. En *Finnegans Wake*, Jimmy es un visitante de capillas. El cuento «Las hermanas» se le ocurrió en la iglesia griega, mientras asistía a un oficio. A Stanislaus le escribió en una carta que la misa griega era extraña y le describió pormenorizadamente los movimientos del sacerdote. En el *Ulises* mezcló lo ortodoxo con lo católico. A pesar de sus diatribas contra el clero romano, Joyce visitaba las iglesias católicas y le gustaba seguir las procesiones de Semana Santa como a su personaje, Leo-

poldo Bloom, quien además disfrutaba con los funerales. Otro ser de ficción del *Ulises*, Buck Mulligan, era un falso sacerdote que se dedicaba a parodiar ambas religiones. Al novelista la comunión y el asunto de la Santísima Trinidad siempre le intrigaron.

San Nicolò baja desde la via Dante, cruza la via Spiridione, la via Roma, la via Cassa di Risparmio hasta llegar a la Riva Tre Novembre. Aquí frente al mar está la iglesia greco-ortodoxa. Mateo Pertsch realizó la fachada siguiendo los cánones neoclásicos que no se corresponden en nada con el estilo barroco y, sobre todo, bizantino del interior. Las columnas jónicas están adosadas y por encima hay un tímpano y un campanario a cada lado. Atravieso el insignificante atrio y abriendo un gran portalón de madera penetro en el recinto. Es mediodía y la luz, a pesar de ser enero, entra a raudales. Candelabros, lámparas, todo está apagado excepto unas pocas velas que arden consumidas. Dejo varios euros en el limosnero y enciendo otras altas y estrechas que corren también a consumirse. Luego me siento en un banco de la primera fila de la derecha que mira a otros bancos de enfrente. Entre unos y otros el espacio que resta es aún más sagrado. Este silencio me reconforta y esta luz dorada produce una confiada sensación de tranquilidad. ¿Será así el Paraíso? ¿Será acaso así su antesala? Aquí el Bora se detiene, aquí el Siroco no penetra. Aquí uno se encuentra en ninguna parte, suspendido en un espacio sin tiempo. Las velas son como un reloj de arena o como una clepsidra. Me quedo hipnotizado contemplándolas, recordando a cada uno por quienes las he puesto. De pronto me doy cuenta de que falta la mía. Me levanto y elijo una más alta, gorda y decorada con letras purpurinas. Y comienza a arder en San Nicolò. ¿Algún verso me salvará? Jules Renard cuando sobrepasó la cuarentena anotó en su diario: «Tengo menos talento, dinero, salud, lectores, amigos, pero estoy más resignado». ¿Piedad por uno mismo? Un pensamiento vuela a ras de tierra mientras apoyo la espalda sobre el recto y duro respaldo: «Vivir co-

mo si la muerte no existiera; y cuando deba llegar, que se presente en forma rápida y repentina, como si no estuviera allí». San Nicolò protege. Nada malo puede suceder aquí mientras aún ardan los cirios. Marco Aurelio, la piedad misma, dejó escrita esta buena recomendación desde otras no muy lejanas tierras: «Vive como de viaje». En San Nicolò estoy descansando del viaje de la vida. Pocas moradas como ésta. ¿Puedo tener aquí nostalgia de algo? *Heimweh*, escribe Novalis, es decir, «deseo de estar en casa en todo lugar», deseo de reconocerse en el «ser-otro». El hastío nos da la noción del tiempo, la distracción nos la quita. Esto prueba que nuestra existencia es tanto más dichosa cuanto menos la sentimos. Pero la existencia pesa tanto o más que el propio cuerpo. Pesa con desesperación. Como el cuerpo del Cristo pintado por Ribera en la Cartuja de Nápoles. «Mientras somos jóvenes, creemos que la vida no tiene fin y usamos el tiempo con prodigalidad. A medida que envejecemos nos hacemos más económicos. Porque en edad avanzada, cada día de la vida que transcurre provoca en nosotros el sentimiento que experimenta el condenado a cada paso que le acerca al cadalso», dice muy bien Schopenhauer. En San Nicolò se me olvidó el tiempo. Nada más, silencio, bosque profundo. Y la Nada está hoy, aquí, ante mí, ansiosa de volver a ver su casa. ¿Pero es quizá mi casa ésta de la que salí? ¡Dios es esta profunda y deslumbrante oscuridad! Sigo aún en San Nicolò. Nadie entró, nadie vino a buscarme, nadie reclamó mi pérdida. Aquí podría quedarme eternamente como Abraham haciendo almas o, mejor todavía, esperando a que volviera a hacer la mía.

Salgo de nuevo a la vida y retorno a la via San Nicolò. La veo estrecha, muy larga, apenas transitada y con los edificios medio cansados. Las calles de la «baixa» triestina son fantasmales. Muchos edificios están vacíos, abandonados, más solitarios incluso que los viandantes como yo. Esta calle está condenada a la soledad, quien la penetra se aleja del público. Victor Hugo decía que para

que existiera un gran poeta tenía que existir un gran público. ¿Dónde está? Joyce, Saba, Svevo y tantos y tantos otros se alejaron de él o los alejaron. Miro la calle, la calle de la vida: *La vita non é nè brutta nè bella, / ma é originale!*, estoy de acuerdo, mi querido Zeno.

C. A. M.